

● Greta Garbo, sesenta y cinco años en defensa de su intimidad.



UNA CIERVA PERSEGUIDA...

● "Esta cierva incesantemente lanzada a través de los campos de Europa por la jauría de los periodistas, que sabe embrollar su rastro, que deja las maletas en un hotel cualquiera para que los sabuesos se despisten, y se tapia en una mansión desconocida..., yo he soñado que empujaba de pronto la puerta de mi despacho y se sentaba ante mí, que jamás la busqué".

La cierva Greta Garbo ha cumplido sesenta y cinco años el 18 de septiembre, y ese sueño de colegial transido de deseos lo tuvo una tarde François Mauriac, que trataba de explicarse a sí mismo en su «Diario». Cierva, eso es justamente ella en la vida: pero fue también la más vampírea de todas las «vamps» en la pantalla. La Imagen por excelencia: encarnación del deseo y de la contemplación, algo semejante a una mezcla de Marilyn Monroe y la Virgen unificadas. ¿Parece exagerado? Veamos lo que hizo con dos hombres célebres, cada cual a su manera.

El primero es Adolfo Hitler, que no nos ha dejado, ciertamente, el recuerdo de un trémulo sentimentalón. Pescó a la "impureza racial" de George Cukor, el director judío, la película «Camilo» fue abundantemente distribuida en Alemania. La debilidad del Führer por esta actriz era a la

sazón tan célebre, que Greta se fue un día a ver a unos amigos para preguntarles, con la mayor candidez del mundo, qué pensaban acerca de la idea que se le acababa de ocurrir: verse con Hitler y... ¡matarlo!

Desdémona

La segunda anécdota se refiere a un hombre más amable: el actor Richard Burton. La amabilidad de Burton es una divertida mezcla de dos ingredientes puros que, de entrada, solemos considerar como insociables: el salvajismo y el espíritu de caballería. Cuando Burton se encuentra con alguien, no resulta nada aventurado preguntarse si el salvajismo no va a sepultar a todo el resto de su personalidad. La primera vez que Richard vio a Greta, era Otelo frente a Desdémona: un soldado que depona las armas. El, con gesto de actor, le formula a ella una petición: el favor de besarle la rodilla. Y Greta, con ademán de actriz, no duda un segundo, sonríe y pronuncia esta única palabra: "Certently". Richard Burton se arroja por tierra para ejercitarse en la más pura cortesía.

¿Y nosotros? ¿Cuántas veces no hemos ido a evadirnos en la oscuridad de un cine de barrio buscando saborear el éxtasis de

su aparición, siempre milagrosa?

De la muerte de Greta en la pantalla, que tanto conmovió a Hitler cuando vio la película «Camilo», escribe un crítico americano: "Se puede sentir el instante preciso en que su espíritu adorable abandona su fascinante cuerpo".

Supersensual

Su obra maestra consistió en hacer las maletas —un día de 1941, a la edad de treinta y seis años— e ir al gran despacho de B. Mayer, vicepresidente de la Metro-Goldwyn-Mayer, para decirle: "Muchas gracias por haberme hecho ganar tanto dinero, porque ahora, sencillamente, siento ganas de irme a pasear, y lo voy a hacer... See you later!".

Ganaba 300.000 dólares por película (hoy valdrían veintidós millones de pesetas), dos veces cada año a partir de 1935. Acababa de comprender que ya era hora de gastarlos. Seis generaciones de granjeros suecos habían hecho de ella una persona extraordinariamente sana. Y en Hollywood se acordaba de su infancia, en el barrio pobre de Estocolmo, lo bastante como para saber apreciar el valor del dinero. Su padre, llegado sin ninguna formación del campo, vivió realizando trabajos

que no ofrecen atractivo a las personas de su clase. Se llamaba Gustafsson. Era alto, guapo, y Greta se le parecía. Tenía ella catorce años cuando murió. La veremos, primero, como jabonadora en una barbería; dependienta después en la sección de sombreros de los grandes almacenes P. U. B. Es elegida para rodar un film publicitario de la casa; hace un papel secundario en ella. Y se dirige a la Academia Real de Teatro Dramático. En la ficha personal de los almacenes, frente a la casilla "motivo de la marcha", escribe: "Hacer cine". ¡Tiene dieciséis años y medio!

Mauritz Stiller era por entonces un director de cine famoso en Suecia. Se dice que no tenía demasiada inclinación hacia las mujeres, pero que estaba obsesionado por la idea de la mujer ideal. Y confiaba a sus amigos que, si encontraba a esa mujer, "supersensual, espiritual y mística", haría de ella la «estrella» más grande que el mundo hubiera conocido jamás. Había estado ese día ensayando con una joven actriz sueca, y le había decepcionado. Al comenzar el rodaje de «La saga de Gösta Berling», pidió a la Academia de Teatro que le enviaran las dos estudiantes más bonitas que tuvieran, todo así, al azar...

Absolución

Así fue cómo, en el instante que dura una mirada, Greta Gustafsson se convirtió en Greta Garbo. "Pero si usted quiere el papel, tendrá que perder por lo menos diez kilos", le espetó Stiller, con aire malhumorado, cuando en realidad piáfaba de júbilo: "¿Ha visto alguna vez pestañas semejantes?... ¡Pero, señorita, está usted demasiado gorda!... ¡Sí, ella es preciosa... observe sus pies, esos talones, su línea esbelta,



magnífica!... ¡Póngase enferma, guarde cama, adelgace!

Algunos meses más tarde hélos aquí juntos camino de Berlín, donde van a vender «Gösta Berling». Stiller la ha cubierto de pieles, tocado con un sombrero y, nada más llegar, pide a la dirección del hotel una peluquera y una manicura. "Será menos caro si voy yo misma", sugiere Greta...

"¡Una 'vedette' de cine no se desplaza jamás! —gruñe Stiller—. Y recíbelas en bata; toma, ahí tienes la mía, póntela y quédate sentada, que así no se notará. Y, sobre todo, no te levantes cuando vengan, tú muéstrate indolente... Pon las piernas sobre el borde del sillón, estás cansada. ¡Recuerda esto, una 'vedette' de cine siempre está cansada, eso impresiona!"

La amistad que les une es una mezcla de respeto y de absoluta general. Hay en la Garbo la brutal felicidad de haber encontrado a este hombre cuyo genio es, ante todo, el genio mismo de la vida. Stiller es un espíritu cultivado. Ha viajado. Conoce el mundo y a los hombres. Tiene el aire de un aventurero riquísimo. Los ojos, salvajes, amarillos. Lleva joyas, abrigos de cuello de piel. Y se inclina sobre ella, exige, se impone, siempre para ella. Greta es la niña que encuentra un hombre por primera vez. Decir que Stiller fue para ella un padre sería demasiado simple: hizo también de padre. Un padre que, a su vez, se encontró huérfano de padre y madre a los catorce años y medio.

"Una chica tan bella seguramente llegará muy lejos", había predicho Asta Nielsen, la más grande «vedette» del cine, danesa, al ver a la Garbo en los estudios de la U. F. A., en Berlín. Y Pabst, que opina como ella, añade: "Quizá la posibilidad de ver un rostro como el suyo se dé cada dos siglos". Por esta época ve

Louis B. Mayer, en Europa, «Gösta Berling». Corre a ver a Stiller y le propone Hollywood, un contrato de tres años y 1.500 dólares semanales. Stiller acepta, como es natural, pero a condición de que se firme también un contrato para la Garbo. "¿Quién es Greta Garbo?", pregunta Mayer que, sin embargo, ha visto «Gösta Berling»... "Una belleza como no se volverá a ver ante las cámaras hasta que hayan pasado otros cien años. Y, además, una gran actriz, la máxima actriz del mundo".

Como las sardinas

Hollywood la aburre. No comprende a esta gente, la encuentra «incivil». No le gusta su forma de vivir y padece el mal del país. Se siente importada de Suecia como las sardinas. En compañía de la esposa de Víctor Sjoestrom, a la que ama, se entrega al juego de cerrar las persianas en pleno día y, ante un fuego de leños, soñar juntas en la nieve del exterior... No ve a nadie, excepto a algunos íntimos en cuyos hogares, a fin de evitarles el menor extraordinario, se anuncia con un vago «es posible que pase mañana por vuestra casa». Da largos paseos y nada por espacio de horas en su piscina; prefiere un baño turco a un party. Se nutre de alimentos sanos y, como todos los nórdicos y alemanes, cree en las virtudes del ajo y del yogur. Apenas se preocupa de vestir —aunque sus cuellos vueltos y sus gabardinas hayan de volverse célebres— ni lleva joyas. Se la llamará "la campesina de Chevy Chase Drive".

Ya en 1935 escribe a una amiga de Suecia: "He trabajado duramente, sin parar, estoy cansada, nada me interesa. Pero afortunadamente soy joven y espero que todo esto va a cambiar". En Hollywood todo el mundo trabaja de nueve a dieciocho horas diarias, menos Greta, que rehúsa perma-

necer en el plató un minuto más en cuanto suenan las cinco de la tarde, puesto que eso es todo lo que puede "soportar físicamente". Sin embargo, ésta que un malicioso crítico denomina "la única mujer del mundo que supo atesorar su fatiga", que detiene el rodaje "para tomarse un rato de descanso" en su camerino, es también, en opinión de los profesionales, la menos caprichosa de las «estrellas». Lubitsch, mientras rodaba «Ninotchka», se felicitaba de que la actriz "no tuviera ningún complejo de devoción por el espejo": en efecto, estaba tan lejos de la idea de ser una «estrella», que, cuando sus pies no entraban en el campo de la cámara, rodaba las escenas en pantuflas.

Son de sobra conocidos los ardidés que ha imaginado a fin de poder salvaguardar su vida privada en un continente donde tan sólo parece contar la vida pública. Si el idilio que mantuvo con John Gilbert, su homólogo masculino en Hollywood, fue ruidoso, ello ocurrió a pesar de su voluntad. Desde la muerte de Stiller, cada vez que un hombre ha permanecido algún tiempo en su vida el hecho sonaba siempre un poco, a la vez, como un eco, un remake de su historia con Stiller. Todos serán mayores que ella, ricos y deseosos de mostrarle el mundo. Y, a diferencia de Stiller, todos querrán convertirla en esposa: pero ella jamás lo ha de querer.

"Nunca me casaré. No amo a nadie". Cuando se la vio en Ravello con el director de orquesta Leopoldo Stokowski, los periodistas italianos volvieron a la carga: "¿Están ustedes casados?". Ella repuso: "No tengo muchos amigos ni he visto gran cosa del mundo tampoco. Mi amigo, el señor Stokowski, que me es muy querido, me ha ofrecido llevarme a ver algunas hermosas cosas. Y he aceptado con optimismo".

"La amo —afirma a su vez, después del doctor experto en dieté-

tica Gaylord Hauser, el financiero George Schlee a su mujer, la modista Valentina—, pero estoy seguro de que no querría casarse conmigo". Y, claro, no se divorcia.

Calle 52

En la actualidad vive en Nueva York la mayor parte del tiempo, cuando no está en Suiza (Klosters) durante la estación muerta, como su vieja amiga Salka Viertel, que escribió cinco de sus guiones. Habita —450 East, calle 52— el clásico apartamento de siete habitaciones que le encontró George Schlee en un inmueble suyo. Pero en realidad vive en dos, sin muchacha. Una interina pasa a quitar el polvo dos veces por semana; para todo lo demás: freír su filete, raspar sus zanahorias y abrir su yogur, Garbo es como todo el mundo, no necesita a nadie. No tiene coche. Nunca saldrá más que para visitar a unos pocos íntimos. Cuando acepta una invitación, si acude, no permanecerá mucho tiempo. Hacia las nueve de la tarde, tres palabras rituales: "Debo ya irme". Ni la presencia de Jackie Kennedy, a la que jamás había visto antes, después de una tarde de animada charla, pudo retenerla un minuto más. Es necesario creerla: jamás ha dicho ni jamás realizado, con una rara precisión, lo que le apetecía hacer o decir llegado el momento. Sin trucos ni componendas respecto de nadie, ni para los demás, ni para ella misma.

Ha cumplido sesenta y cinco años. Sobre lo que ha pensado acerca de este hecho, si es que ha pensado algo, nadie, ni sus amigos más íntimos, sabe absolutamente nada. "Porque hará un secreto del huevo que se tomó en el desayuno de la mañana". Ella vive su vida: mucho paseo, mucho dormir, un poco de alimento simple y un poco de amistad. ■ KATIA D. KAUPP.

«... incesantemente lanzada a través de los campos de Europa por la jauría de los periodistas...»



● Una de sus adorables muertes hizo llorar a Hitler.